

Oriente y Occidente: El Dalai Lama en Córdoba *

El Dalai Lama viene desde Brasil donde ha participado de la Conferencia Cumbre, organizada por las Naciones Unidas que se está realizando en Río de Janeiro y que se lleva a cabo bajo la premisa de que el planeta tierra está en peligro.

Ciertamente todos nosotros somos testigos, en mayor o menor medida, de que vivimos la crisis de una época que da señales de que algo en ella está muriendo. No es posible ocultar no sólo el riesgo creciente del equilibrio ecológico sino, tampoco, el resquebrajamiento de las estructuras y la caducidad de las formas que la han caracterizado. Desde el siglo pasado las mentes más lúcidas de Europa vienen dando testimonio de este hecho tan notorio. Quisiéramos recordar algunas de las expresiones que esas mentes acuñaron. Hegel, en la *Fenomenología del Espíritu*, escribió: “El Espíritu que se forma va madurando lenta y silenciosamente hacia una nueva figura; va desprendiéndose fragmento tras fragmento, la estructura de su mundo anterior y los estremecimientos de este mundo se anuncian solamente por medio de síntomas aislados: la frivolidad y el tedio que se apoderan de lo existente y el vago presentimiento de lo desconocido son los signos premonitorios de que algo otro se avecina”: En forma parecida se expresa Feuerbach cuando decía que “quienes entienden el lenguaje con que habla el espíritu de la historia del mundo no se podrán sustraer al conocimiento de que nuestro presente constituye el término de un gran período de la humanidad y de que, precisamente por eso, es el comienzo de una nueva vida”. El mismo sentido tienen estas palabras que Goethe le dirigiera a Eckermann: “Me parece ver llegar la época

* Palabras pronunciadas el 12 de junio de 1992 en la Universidad Nacional de Córdoba, en ocasión del homenaje que la misma le rindiera al Dalai Lama.

en que Dios no encontrará ya alegría en ella y tendrá que volver a dispersar todas las cosas para lograr una creación rejuvenecida". También Nietzsche, que vivió tan dramáticamente su siglo, experimentó que una época moría y una nueva comenzaba. Cuando puso fecha a uno de sus libros, a *Ecce Homo*, escribió: "En el primer día del año I, o sea el 30 de setiembre de 1888". De igual modo Augusto Comte afirmaba: "Sin un nuevo poder espiritual nuestra época, que es época revolucionaria, producirá una catástrofe".

Podríamos seguir acumulando testimonios que nos hablan de la caducidad de todo aquello que naciendo en el tiempo, en él también muere y, por tanto, del comienzo y del fin de toda época. Podríamos escuchar lo que dice la física cuando enuncia el *principio de entropía*; lo que dice la astrofísica cuando habla de *agujeros negros* y del *big bang* y del *big crunch*; lo que dice la astrología, cuando basándose en la teoría de la precesión de los equinoccios, afirma que estamos viviendo el fin de una era de aproximadamente 2.000 años de duración cada una- el fin de la era de Piscis y entrando en la de Acuario; lo que dice la tradición hindú cuando designa a nuestra época como el período final del *Kali Yuga*, o sea el fin de un *Manvantara* que, para esta tradición, significa el ciclo de una manifestación de la humanidad.

Esta idea de que toda época llega a su caducidad y término no es nueva, por cierto, en la historia del pensamiento humano. Ya los primitivos tenían conciencia del comienzo y del fin de todo período temporal. Entre los griegos tuvo vigencia la idea de que el tiempo era eterno e iba dándose en forma rítmica y acompasada. Heráclito, por ejemplo, en el fragmento 30 dice que este mundo "que fue eternamente, es y será un fuego siempre viviente que se prende y se apaga con medida".

A cada uno de los lapsos o compases en los que la eternidad se va midiendo los griegos lo llamaron *eón*. Esta teoría de los eones no sólo tuvo vigencia entre los griegos sino que también puede encontrársela en la tradición irania, en la hindú, en la budista y en muchas otras. Una vez que al Dalai Lama le preguntaron sobre la posibilidad de los eones que habrá, respondió: "Oh ilimitados. No hay límite para los muchos y grandes eones. La existencia de este tipo de tierra se desintegra; empieza a tener forma y de nuevo se desintegra en todas las partes del universo". Sería de un enorme interés hacer un estudio comparativo entre estas palabras del Dalai Lama con aquellas que podemos leer en la *Segunda Carta* de San Pedro: "En otro tiempo hubo cielos y hubo tierra salida del agua y en el agua asentada por la palabra de Dios, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en el agua; mientras que

los cielos y la tierra actuales están reservados, por la misma palabra, para el fuego del día del juicio”.

Asumir la crisis de nuestra época es una magnífica oportunidad para que nuestra conciencia se mantenga lúcida frente al infinito acontecer, evitando alienarse y anquilosarse en ningún momento, en ninguna objetivación de ese transcurrir. Es el todo mismo de ese acontecer el que debe maravillarnos y mantenernos en vilo. Puesto nuestro pensamiento en él evitamos caer en los laberintos de todo aquello que es solamente fragmento, de todo aquello que tan pronto surge como se desvanece, de todo aquello que encerrado en estrechos límites ciega nuestra mirada.

Pero, ciertamente, no es tarea fácil asumir una crisis y mucho menos cuando se trata, según creemos, de la crisis de un eón. Por ello es necesario acercarse a las grandes tradiciones de sabiduría y escuchar lo que han dicho sus fundadores y grandes representantes. Ese es el motivo de que hoy, aquí en Córdoba, vivamos un momento excepcional con la presencia del Dalai Lama ya que él es uno de ellos, es uno de los grandes de esta hora que vive el mundo. Debemos, entonces, escucharlo y dejar que sus palabras penetren hondamente en nosotros. Eso es lo que él hizo en su momento y lo sigue haciendo. Debemos tener presente que en el escuchar empieza la sabiduría. Pero este escuchar no debe ser un pasivo y acrítico aceptar lo escuchado únicamente en base del principio de autoridad. Debemos entablar con las palabras escuchadas un diálogo en el cual quizá hagamos nuestras aquellas que ya estaban en nosotros pero permanecían como ocultas en la memoria. Al respecto el Dalai Lama recuerda un *Sutra* en el cual Buda dijo: “Los estudiosos y los monjes no deben aceptar mi palabra por respeto sino analizándolas como el joyero examina el oro, cortándolo, derritiéndolo, raspándolo y frotándolo”.

Desde la perspectiva del pensamiento quisiera aludir, en la forma más breve posible, a sólo un tema en el cual se advierte con claridad que nuestra época ha abandonado y sigue abandonando cada vez más ideas que en épocas anteriores eran afirmadas casi dogmáticamente. Ese tema es la relación de las partes con el Todo. Y al hacerlo me gustaría que fuésemos espectadores, por un momento, del diálogo que puede establecerse entre lo más profundo y más actual que dice la filosofía y la ciencia de Occidente con lo que dice el budismo mahayaniko que el Dalai Lama representa y con lo que él mismo piensa. Este diálogo él ya lo ha mantenido, en forma personal, con los pensadores y científicos más importantes del momento.

Quizá la más espectacular revolución que se ha producido en el campo de la ciencia sea la irrupción, dentro mismo de ella, de la física relativista y de la física cuántica. Dentro de la totalidad del pensar, la ciencia ha establecido, muy legítimamente por cierto, ciertos límites con características muy especiales. Entre estas pueden señalarse: a) que lo acotado pueda devenir realmente objeto de conocimiento; b) que pueda aplicársele la correspondiente metodología; c) que lo conocido otorgue poder sobre la naturaleza; d) que puedan manejarse hipótesis experimentales; e) que estas hipótesis sean verificables o falsificables y muestren, por lo tanto, su permanente estado de revocabilidad; f) que lo conocido sea resultado de una medición, ya que para la modernidad la naturaleza está escrita en caracteres matemáticos. De este ámbito se hizo cargo la razón -entendida como *ratio*- y para ella el conocer sólo tiene vigencia en el mundo fenoménico, es decir en medio de una multiplicidad y requiere de la experiencia empírica que va de lo condicionado a lo condicionado. Para la razón, que había acotado con tanta claridad y distinción su ámbito, la idea de Totalidad, en la cual insoslayablemente piensa el pensar, quedaba excluida. Y, en realidad, quedaba legítimamente excluida porque de ella no podemos tener un conocimiento desde que no es experimentable empíricamente, ni mensurable, ni limitada en un ámbito condicionado. A lo sumo podría hablarse de totalidad como resultado de un todo compuesto de partes, pero no de un Todo anterior a las partes, como lo piensa el pensar.

Ahora bien, en medio de esta actitud científica surge la microfísica cuyo supuesto básico es que "todo supone todo". Este supuesto se funda en dos conceptos que, en su momento, enunció Niels Bohr. Son el de *complementariedad* y el de *indivisibilidad del todo*. Y fue, justamente ese supuesto el que conmovió los cimientos de la física en particular y, en realidad, de toda la ciencia. Una síntesis de esta situación la podemos encontrar en el físico británico David Bohm, quien dice que la nueva forma de observación en la física debe partir de una *Totalidad no dividida en movimiento fluyente*. A esta realidad última él la llama *Holomovimiento* y, como era de esperar, dice que es indefinible e inmensurable. La nueva física, según Bohm, tiene como primer interés "no las cosas condicionadas sino la Totalidad incondicionada que es el último fondo de todas las cosas". Y lo que antes hubiera resultado asombroso escuchar de un físico, lo escuchamos ahora de Bohm, porque después de afirmar que la ley del Holomovimiento "nunca será conocida, ni especificada, ni formulada

con palabras”, agrega que “tal ley debe ser considerada necesariamente como implícita”. Resulta, entonces, que lo que no es el resultado de una experiencia empírica, ni de una medición, es condición de posibilidad de todo conocimiento.

De este Holomovimiento o energía cinética, para decirlo con palabras de Heisemberg, surge todo lo individual, todas las partículas elementales que tan pronto surgen como desaparecen. Estas partículas que son el objeto de la microfísica, se caracterizan por su increíble inestabilidad: La vida de algunas de ellas es de un millonésimo de segundo y otras, dice Heisemberg, hasta mil veces más reducida.

La famosa fórmula de Einstein $E=mc^2$ nos señala que lo que se presenta como una masa sólida y material que puede ser captada por nuestros sentidos, sólo es una alta concentración de energía. La ecuación de Einstein ha desmaterializado las cosas, las cuales, por tanto, no pueden encontrar en la materia su fundamento.

Citemos ahora un texto que, desde la perspectiva filosófica dice lo mismo. El texto es de Hegel, para quien la verdad es el Todo, el Todo en movimiento. El texto pertenece a la *Fenomenología del Espíritu* y dice que en el Todo del movimiento “la manifestación es el surgir y el desvanecerse, que en sí mismo ni surge ni se desvanece... Lo verdadero es así el delirio báquico en el cual ningún miembro deja de estar ebrio, ya que al separarse cada uno de éstos es inmediatamente disuelto, aquel delirio es también la quietud translúcida y simple”. Y es quietud translúcida porque el Todo del movimiento no se desplaza a otro lugar porque no hay otro lugar, sino que acontece en la inmanencia del Todo mismo. Una idéntica concepción desarrolla Aristóteles cuando identifica el *acto puro* con el *motor inmóvil*.

El Dalai Lama en su libro *El budismo del Tibet y la clave del camino medio* dice que “los fenómenos dependientes no existen sino en dependencia de otros. Ni uno sólo de ellos es capaz de existir por sí mismo. En consecuencia todos están vacíos de existencia intrínseca propia”. Y más adelante agrega que “todos y cada uno de los fenómenos, desde el hecho mismo de llegar a existir tienen la naturaleza del Vacío”. La existencia, según estas palabras, tiene de modo radical este carácter de vacío, es decir de *no-ser*.

Para los que hablamos la lengua castellana estas palabras no deben resultarnos extrañas. Etimológicamente existencia significa *estar fuera, sistere extra*. Y un recuerdo de Platón puede darnos más luz para comprender la profundidad de aquellas palabras. “El *no-ser* en cierto modo existe y, por el contrario, el Ser en cierto modo no existe”. Claro,

agregamos nosotros, el Ser no existe porque no está fuera de nada.

Seguindo la enseñanza de la doctrina *madhyamika* el Dalai Lama reconoce por un lado la irrealidad de los fenómenos pero, por el otro, que aunque no existan real o intrínsecamente, tampoco dejan de existir del todo. Este es el punto de vista que se conoce como el del camino medio.

Pero aún podemos dar un paso más. Como hemos visto aquella carencia de realidad o vacío en los fenómenos es, en definitiva, el modo final de todos ellos y, por eso, se la denomina verdad última. Ya Ashvaghosha había dicho que el Vacío es la realidad última por lo que las cosas son.

Nos detengamos brevemente en esta realidad última o Vacío -*Shûnya*- y admiramos en primer lugar que esa realidad última es la ausencia de toda determinación y, por tanto, aquello de lo cual no podemos decir nada. Únicamente, y en el mejor de los casos, podemos predicar de alguna cosa determinada y por medio de esta predicación distinguirla de otra cosa también determinada. Pero el Vacío, como realidad última, no es ninguna cosa determinada, sencillamente es una nada respecto a todas las cosas y, por ello, el Vacío es Nada.

En las mentes occidentales esta afirmación con mucha frecuencia no es entendida y se la considera en forma peyorativa como puro nihilismo sin ningún sentido. Sin embargo en Occidente también hay grandes pensadores que han sabido captar el significado profundo que tiene considerar a la realidad última como Nada o Vacío. Hegel, por ejemplo, admitió que el puro Ser sin ninguna determinación era el puro Vacío y se identificaba con la Nada. "El comienzo, dice en *Ciencia de la Lógica*, contiene, pues, a ambos, al Ser y a la Nada. Es la unidad del Ser y de la Nada". En los albores de la filosofía medieval Scoto Erígena ya había anticipado cosas parecidas. Al fundamento de todos los entes Scoto lo llama, retomando el concepto presocrático de *physis*, naturaleza. Y esta naturaleza es lo Absoluto en el cual todas las cosas, todas las esencias están disueltas y confundidas y es, en relación con ellas Nada. "De la Nada, dice, hizo (Dios) todas las cosas, es decir de su supraesencialidad produjo las esencias, de su supravitalidad las vidas, de su supraintelectualidad los intelectos, de la negación de todas las cosas que son y que no son, las afirmaciones de todas las cosas que no son y que son". Podríamos seguir dando algunos ejemplos más, pero sólo mencionemos ahora dos casos realmente magníficos: el de Heidegger y el de la mística cristiana, especialmente la alemana con Meister Eckart a la cabeza.

Creo legítimo, también, que a ese vacío del cual habla Nagarjuna, se

lo llame Absoluto con el alcance etimológico que esta palabra tiene: *ab alio solutum*, lo suelto de todo. Pero esta legitimidad sólo es tal en la medida que no hagamos del Absoluto una realidad de la cual se pueda predicar algo, que no hagamos de él un objeto al cual pretendamos nosotros conocer como sujetos.

También creo legítimo que a aquel Vacío lo podamos llamar Todo, en el sentido que aquel Vacío no es una realidad trascendente a las cosas sino que como realidad última de todas las cosas está en todas ellas o todas ellas están en él. El Todo no como resultado de todas las partes determinadas. Para el budismo "Todo es uno", con el mismo sentido que tiene el *En Panta*, el *Todo-Uno* de Heráclito. A ese Vacío se llega a través de una sabiduría no conceptual, es decir sólo a través del pensar y nunca de la razón, cuyo ámbito no trasciende de lo puramente fenoménico. Por eso el Dalai Lama siguiendo la tradición Mahayana dice que el raciocinio deriva fundamentalmente de una experiencia evidente.

Para pensar este Vacío, este Absoluto, este *Todo-Uno*, la mente debe superar la dualidad sujeto-objeto. Esta superación significa que la forma más alta del pensar es no pensar en nada. Permanecer sin pensamientos es en lo que consiste la auténtica meditación. Es la única forma de ser en el Absoluto y eso es el Nirvana. El Nirvana no es otra realidad. En el *Prajnaparamita Sutra* que pertenece al budismo *Mahayana*, se advierte una identificación entre la realidad absoluta y la conciencia absoluta. Pero si quisiéramos decir en que consiste esta identificación, si quisiéramos saber qué es el Nirvana, el fracaso sería la consecuencia de tan vano intento. La palabra nos ata a lo determinado y a la relación entre cosas determinadas pero es impotente para referirse al Todo. Sólo el silencio y la quietud de la meditación pueden darnos testimonio del Nirvana. La palabra, a lo sumo, quizá sólo pueda darnos un consejo de cómo conseguir aquella identificación. En nuestra lengua castellana hay unas magníficas palabras para darnos ese posible consejo y ellas están en estos versos de San Juan de la Cruz:

*Cuando te paras en algo
dejas de arrojarte al Todo
porque para venir del todo al Todo
has de dejar del todo a todo.*

Arturo García Astrada